

CAPITULO CCXLVII.

Reveses sufridos por nuestras armas en Portugal.—Intrigas de la corte.—El marques de Caracena.—Muerte de Felipe IV.

Lógico era que la derrota de Amegial llevara consigo la rendición de importantes plazas, lo cual había de prestar, como puede comprenderse, más colosales proporciones á aquel suceso.

Ehora, Villalor, Castel-lindoso y otras de ménos importancia entregáronse al enemigo, y para que nada faltase en la serie de reveses con que terminó esta campaña, en la plaza de Arronches, que no había podido tomarla Schomberg, prendióse fuego á la pólvora, haciendo saltar más de dos mil soldados.

Únicamente el duque de Osuna sostuvo dignamente el honor castellano que tan mal parado estaba, en un combate que tuvo lugar el 30 de diciembre cerca de Valdemula contra fuerzas muy superiores, hecho de armas que podemos decir fué el que terminó la campaña de 1663.

Al inmediato año los portugueses, envalentonados con los triunfos alcanzados, hicieron lo que no habían verificado hasta entonces, que fué penetrar en territorio español, poniendo el conde de Marialva cerco formal á la plaza de Valencia de Alcántara, que fué la que más á propósito creyó para su objeto.

No eran fuertes las defensas de esta plaza, pero en cambio mantenía por el rey de España D. Juan Ayala Mejía, el cual, al frente de tres regimientos, defendióse con tal bravura que causó la admiración de sus contrarios, teniendo que rendirse, finalmente, cuando ya no era posible sostener por más tiempo la resistencia.

Este fué el único hecho notable que podemos citar en la campaña del año 1664, puesto que lo demás redujose á correrías sin importancia, al abandono por nuestra parte de algunos puntos importantes que ocupábamos, y en la provincia de Beira á algo más bochornoso para nuestras armas, como lo califica un historiador de nuestros días, que lo ocurrido hasta entonces.

Gente allegadiza, completamente bisona, sacada de los talleres ó de los campos, la que mandaba el duque de Osuna, si bien había sostenido poco tiempo ántes un combate glorioso, como he dicho ya al ocuparme del hecho de armas de Valdemula, sitiando á Castel-Rodrigo, apoderóse tal pánico de los soldados, que cuando abierta ya brecha, á costa de grandes sacrificios, sólo faltaba hacer el postrer esfuerzo para ganar la plaza, no fué posible obtener de ellos que entraran por la brecha.

Y todavía hubo más. Despues de tan insigne cobardía, acometidos en la retirada por el portués Jacobo Magalhaes, que había acudido en socorro de la plaza, á pesar de ser más superiores en fuerzas los españoles, apoderóse de tal manera el pánico de ellos, que se dieron á huir tan desordenadamente, que arrojando las armas y abandonando artillería y bagajes, fueron acuchillados muchos y apresados la mayor parte.

Desesperado el duque de Osuna, con la poca gente que pudo recoger retiróse á Ciudad-Rodrigo, donde despues de haber tenido el disgusto de perder á su hijo, que murió peleando en aquella memorable derrota, tuvo tambien el de ver al enemigo entrar en España por aquella parte tambien, saqueando algunas villas, y de verse finalmente preso y separado del mando, condenándosele á cien mil ducados de multa.

Entre los muchos cargos que se le hacían, era uno de ellos el de que había impuesto contribuciones á los pueblos por donde pasaba; como si de otro medio hubiera podido valerse para mantener á su gente, cuando de la corte no se le enviaba dinero alguno.

Absolviósele de ello, sin embargo; mas no por eso deja de ser digno de censura aquel proceder.

Tambien D. Juan de Austria fué separado del ejército, permitiéndosele que se retirase á Consuegra; medida que el de Austria atribuyó á la enemiga que le profesaba D.^a Mariana de Austria, en lo cual no andaba por cierto desacertado.

La conducta seguida por la corte de España no podía ser á la verdad más desdichada.

Imposible parece que en una situación como la en que estaba la nación con una guerra en Portugal, que apenas la podíamos sostener, debilitados por anteriores desastrosas y prolongadas campañas, fuésemos á comprometernos en empresas nuevas y ruinosas, mucho más cuando la mala fe había sido la causa del compromiso que íbamos á correr.

Amenazado el imperio de Alemania por los turcos, pidió socorro á los reyes de Francia y España, mas el primero, á quien todo lo que fuese debilitar nuestro país conveniale en gran manera, contestó que desde luego le ayudaría con el mismo número de soldados que le diese España.

En virtud de esto, el de Alemania se valió de su hermana, esposa á la sazón de Felipe IV, y del P. Nitharde, su confesor, y lo mismo D.^a Mariana que éste, que no podían ver á D. Juan de Austria, y que tenían todas sus simpatías por el imperio, consiguieron inclinar el ánimo de Felipe, el cual se comprometió á mantener en su ayuda doce mil infantes y seis mil caballos.

Insensatez inconcebible, cuando tan escasa de recursos se hallaba la nación, y cuando tan desatendido estaba el ejército de Portugal.

Para proseguir la guerra con este reino hizose venir de Flándes al marques de Caracena, y formándole un nuevo ejército con los

restos de nuestros tercios de Alemania y de Flándes, diósele un efectivo de quince mil hombres de infantería, más de seis mil caballos, catorce piezas y dos morteros.

El de Caracena, sin tener en cuenta las dificultades de la empresa que iba á acometer, tuvo la necia presunción de decir que con aquel ejército iría á Lisboa directamente, para cuyo efecto significó que convendría que la escuadra cooperase al buen éxito, atacando á Lisboa por la parte del mar como él lo haría por la parte de tierra.

Sin embargo, cuando llegó á Badajoz y tomó informes verdaderos respecto al estado y condiciones del país, y pudo verdaderamente apreciar la situación, renunció á su primitivo propósito, concretándose á poner sitio á Villaviciosa.

Marialva y Schomberg acudieron inmediatamente en su socorro, estableciendo su campo en Monteclaros, é inmediatamente el de Caracena, sin hacer caso de la opinion de sus generales, contraria á que abandonase las excelentes posiciones que ocupaba, salió á su encuentro, presentándoles la batalla, á pesar de la desventaja en que se hallaba.

No rehuyeron los portugueses el combate, y despues de un ligero fuego de artillería y mosquetería trabóse la acción con un encarnizamiento y una bravura superiores á todo cuanto podamos decir.

Largo rato mantúvose indecisa la pelea, perdiéndose y recobrándose un mismo sitio, hasta que, finalmente, el de Caracena, viendo la mucha gente que iba perdiendo, ordenó la retirada, retirada desastrosa, puesto que dejamos en el campo sobre cuatro mil hombres entre muertos y heridos, un número igual de prisioneros y toda nuestra artillería.

Semejante hecho de armas, ocurrido en 1665, despues de dos campañas en que no habíamos sufrido más que reveses, no era posible que pudiera soportarlo un país que tan falto de recursos se encontraba ya como el nuestro.

La pérdida que los portugueses habían tenido, si bien fué grande, no llegó con mucho á la nuestra, y mientras que nosotros quedamos tan mal parados que no era posible pensar en operaciones serias en mucho tiempo, ellos, por el contrario, áun con la pérdida que tuvieron, habíanse quedado en disposición de continuar la campaña en condiciones ventajosas.

Retiróse el de Caracena á Badajoz, desde cuyo punto comunicó al Rey la derrota sufrida, noticia que al recibirla Felipe IV hizo caer al suelo sin sentido, exclamando: *Cumplase la voluntad de Dios.*

E incapaz de resistir por más tiempo tantos pesares, entregóse á una profunda melancolía, de la que era fácil augurar un mal resultado, teniendo en cuenta su ancianidad y los graves disgustos que había sufrido, especialmente en los últimos años.

Y natural era que el rey de España se encontrase abatido y sin fuerzas para luchar, viéndose sin un favorito en quien poder depositar las penas que le atormentaban; viendo á la reina D.^a Mariana en abierta lucha con su hijo D. Juan, que con todas sus ambiciones era, sin embargo, como dice un historiador moderno, el hombre más importante y de más representación de la monarquía; veía á ésta humillada por doquiera, y por única esperanza encontrábase con un sucesor de cuatro años, enfermo y débil, y una nación empobrecida, abatida y esquilmada.

Fácilmente se comprende que todo este cuadro, tan poco agradable á la verdad, ejerciese en su ánimo un efecto extraordinario, que dió al traste con su salud, produciéndole una disentería que puso fin á su existencia el 17 de setiembre de 1665, á los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de reinado.

«Al sentir próxima su muerte, dice un autor contemporáneo, hizo su testamento, señalando el orden de sucesion al trono, comenzando por su único hijo varón el príncipe Carlos, y sucesivamente, á falta de éste, á la infanta D.^a Margarita y sus descendientes; en defecto de éstos á los de su tía la emperatriz D.^a María, y los últimos á los de la infanta D.^a Catalina, duquesa de Saboya, su tía tambien, excluyendo á los de su hija D.^a María Teresa, mujer de Luis XIV, con estas notables palabras: «Queda excluida la infanta D.^a María Teresa y todos sus hijos y descendientes, varones y hembras, aunque puedan decir ó pretender que en su persona no corre ni pueden considerarse las razones de la causa pública, ni otras en que pueda fundarse esta exclusion; y si acciesse enviudar la serenísima Infanta sin hijos de este matrimonio, en tal caso quede libre de la exclusion que queda dicha, y capaz de los derechos de poder y suceder en todo.» Palabras solemnes que, sin embargo, andando algunos años habían de ser de tantos modos interpretadas.»

Como tutora del Rey, su hijo, y gobernadora del reino quedó nombrada la reina D.^a Mariana, auxiliada por un Consejo compuesto del presidente del de Castilla, del vicecanciller de Aragon, del Arzobispo de Toledo, del Inquisidor general, del marques de Aytón y del conde de Peñaranda.

Dícese que momentos ántes de espirar, el Monarca dijo al tierno infante estas palabras: *Quiera Dios, hijo mío, que seas más venturoso que yo.*

Deseo que desgraciadamente no se llegó á realizar, segun veremos.



J. SERA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 27.

LOS HERMANOS DE LA COSTA SE APODERAN DE TRES GALEONES ESPAÑOLES.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXLVIII.

Juicio crítico del reinado de Felipe IV.—Desdichada política y administración de este Monarca.

A pasos agigantados vemos á España caminar hacia su completa ruina.

Jamas raza alguna degeneró más pronto ni atrajo males tan graves á su país como ha sucedido con la raza austríaca.

A un Carlos I que conquista, sucede un Felipe II que destruye; á éste un Felipe III que gasta, y á Felipe III, un Felipe IV que pierde.

Fácil es de comprender que en una sucesión de reinados durante los cuales, en vez de añadir nuevos florones á la corona española, se iban perdiendo estados, esquilmando los pueblos, arrebatándoles todos sus elementos de vida y de prosperidad; fácil es, repetimos, comprender que la total ruina no se hallaba lejos, y que la casa de Austria, aquella casa tan brillantemente inaugurada en España con el hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca, iba á sucumbir, decrepita y extraordinariamente rebajada, en uno de sus próximos sucesores.

Todas las razas han necesitado períodos más ó menos extensos para que tengan lugar en ellas estos acontecimientos ingéritos ya, por decirlo así, en la especie humana, y que trascienden desde la vida del individuo á la vida de los pueblos y también á la vida de las dinastías.

El apogeo y la decadencia han tenido duraciones más ó menos prolongadas, pero que siempre han constituido períodos completos y verdaderamente determinados.

Con la casa de Austria no ha sucedido lo mismo. Las transiciones han sido tan rápidas como inesperadas, tan deplorables en sus efectos como fáciles de remediar en sus causas, y día por día, hora por hora, cual si todo fuese consecuencia de un ineludible destino, la raza austríaca en España ha ido caminando á su disolución sin darse ni un momento de reposo después que hubo llegado al cenit de su poder.

En los extensos estudios que á la terminación de esta casa hemos de hacer, nos ocuparemos con más detenimiento de estos particulares, concretándonos en estos capítulos á reasumir la situación de España durante el reinado que acaba de terminar, para fijar de un modo positivo la herencia que le cupo en suerte á Carlos II, y los medios empleados por éste para salvar la difícil y angustiosa situación que había de atravesar.

Funesta herencia de Felipe III fueron muchas de las guerras que hubo de sostener su hijo, y como si éstas no fueran suficientes, acarreóse él mismo otras nuevas, constituyendo entre éstas y aquéllas ese interminable laberinto donde se perdieron hombres y tesoros, donde los venenos de riqueza del país se agotaban, y de donde ni brotaban ni podían brotar más que la ruina y el desprestigio de la nación, que locamente entre fiestas y campañas aventuraba lo que no le era posible sostener.

Al principio del reinado de Felipe IV parecía, al ver la presunción del conde-duque de Olivares, que España iba á reponerse algún tanto de las torpezas cometidas en el reinado anterior; que se iban á corregir abusos de que ya hicimos mención en él; que iba á impedirse la propagación de vicios que parecían haber tomado carta de naturaleza en nuestro país, y finalmente, que España, á quien le era necesaria una era de reposo y de moralidad, iba á entrar en ella para restañar la sangre que había perdido por efecto de anteriores heridas.

Sin embargo, sucedió todo lo contrario; Olivares, haciendo una política exclusivamente suya, principiando por satisfacer sus resentimientos particulares, concitó contra sí multitud de rencores, y posteriormente con su sobra de presunción, queriendo medir sus escasas fuerzas con las del cardenal Richelieu, sin acertar á desarmar la animosidad de aquél contra la casa de Austria, atrajo para España inmensidad de desastres y complicaciones.

¿Era guerrador el carácter que debiera haber impreso el favorito de Felipe IV al reinado de su señor? ¿podía presentarse en son de conquista quien tanto tenía que hacer con la conservación de lo que heredara de su padre?

Por ningún estilo; Felipe IV no podía ni debía hacer más que fijar sus miradas en el estado en que había quedado la nación con la torpe y antipolítica expulsión de los moriscos, con los desastres ocurridos á las armas españolas, y con la miseria y la despoblación que sufrían sus Estados.

La prudencia exigía, ya que no fuese posible dar de mano á las guerras existentes, no provocar otras nuevas; pero precisamente la prudencia y la discreción fueron virtudes de que carecieron los ministros de Felipe IV, y las consecuencias no pudieron menos de ser harto deplorables.

Temeroso siempre el de Olivares de perder una privanza que tan sólidamente había procurado cimentar, cuidábase poco de atender á los clamores de los pueblos, y la situación de la hacienda era tenida en poco por los que sólo esperaban sacar de ella el mejor partido.

«Con la caída de aquel famoso valido parecía que la monarquía, dice un historiador moderno, iba á reponerse de tantas calamidades, el trono á recobrar la dignidad perdida, las necesidades públicas á aliviarse, á mejorar la moral, á salir de ahogos la hacienda

y á recuperar sus fueros la justicia; los sucesos acreditaron que si bien el valimiento del rey pasó á otro hombre ni tan altivo ni tan odioso al pueblo como el de Olivares, las riendas del gobierno cayeron en manos no menos desgraciadas que las del primer privado. Que la enmienda del Monarca y su aplicación á los negocios fué pasajera y efímera, y que volvió pronto á su antigua indolencia y á su anterior disipación. Que la justicia, la moral y la hacienda ganaron poco, si por fortuna algo, y que los infortunios no disminuyeron nada.»

Efectivamente así sucedió, y la nación hubo de experimentar nuevamente la desdichada influencia de aquel pernicioso sistema de gobierno que teniendo, digámoslo así, por base la inmoralidad, la llevaba á todas las dependencias y á todas las múltiples necesidades que tiene un Estado.

Desde el momento en que los cargos se obtenían por el dinero excitóse la codicia, y era preciso sacar, en el más breve plazo posible y fuesen los que quisieran los medios empleados para ello, la cantidad dada para obtenerlo.

Y gracias que se contentasen con esto, que, una vez abiertas las puertas de la codicia, difícilmente suelen cerrarse, y de estos excesos nacieron prolongadas y justísimas quejas, repetidas sublevaciones de los vejados pueblos y pérdidas de estados de gran consideración.

El ejército se contaminó del mismo modo que todas las demás clases, y los generales que lo mandaban procuraban ganar en dinero lo que perdían en honra, y el efectivo de aquellos soldados distaba mucho de ser el que en las cuentas y estados aparecían, siendo las consecuencias de esto fáciles de presumir.

Generales que á tales medios recurren, y tales mañas emplean, lógico es que, más que de planes estratégicos, se ocupen en los medios que emplearan para realizar una mayor y más segura ganancia, y de aquí la pérdida de tanta batalla, el mal éxito de tanta empresa para la cual se habían hecho esfuerzos de consideración, y la pérdida de un número tan considerable de plazas como el que nos arrebataba por doquier el enemigo.

Merced á la venalidad y á la corrupción de aquellos generales fué cayendo y desprestigiándose aquella famosa infantería española que no reconocía igual en el mundo, llegando al extremo de verse en los últimos años del reinado de Felipe IV reducido el ejército de la Península á unos doce mil soldados, que carecían de toda instrucción y disciplina, y que, reclutado entre la gente perdida que abundaba por todas partes, puesto que era preciso reunir bulto, más que una garantía para el orden y para la fuerza del gobierno, era únicamente un motivo de perturbación y de disgusto para los pueblos.

¿Era posible que así pudiera subsistir monarquía tan envidiada y tan combatida por poderosos y diestros enemigos?

La escuela de los grandes capitanes de pasados tiempos había desaparecido, y aun cuando por una irrisión de la suerte existían muchos descendientes de aquéllos ocupando altos puestos militares, la verdad era que ni llegaban á ser siquiera débil reflejo de sus gloriosos antepasados.

En épocas anteriores, los crecidos impuestos, las flotas de Indias y cuantos recursos se allegaban por la nación iban á consumirse en las guerras que sosteníamos en apartadas regiones, pero en el reinado que acabamos de recorrer sólo servían para satisfacer la avaricia de aquellos insaciables favoritos, para mantener la disipación de tanto cortesano inepto, ó para invertirse en fiestas, diversiones ó prodigalidades de una corte licenciosa y corrompida.

¿Qué mucho que, excitados por los desmanes de los vireyes, alentados por la negligencia ó la escasez de medios para combatirles, los filibusteros ó *Hermanos de la Costa* se atreviesen á atacar nuestras flotas de Indias?

Perseguidas nuestras naves por las de Holanda, Portugal é Inglaterra, más poderosas cuanto más débiles éramos nosotros, facilitaban las depredaciones de aquellas hordas de aventureros y de encarnizados enemigos de España que, infestando los mares de América, se lanzaban sobre nuestras flotas, apresándonos galeones cargados de dinero ó de mercancías precisamente cuando con más impaciencia y necesidad se estaba esperando su llegada, como sucedió en varias ocasiones.

Y á tal extremo llegaron nuestras pérdidas navales, que hubo un presidente del Consejo de Hacienda que llegó á proponer no tuviesemos armada, toda vez que de tan poco nos servía, y las disposiciones de Felipe IV, por consecuencia de las guerras, prohibiendo el comercio de importación y exportación con las naciones enemigas, puede decirse que nos aislaron mercantilmente con la mayor parte de las naciones.

La falta del comercio legal, por decirlo así, produjo, como consecuencia inmediata, un desarrollo tan extraordinario en el contrabando, que cuantas medidas se emplearon para combatirle fueron ya ineficaces; en todo y de todo se hacía, brotaba por doquiera, el rigor en vez de destruirle parecía prestarle mayor fuerza y crecía incesantemente, puesto que le impulsaba el cebo de segura ganancia, y hasta cierto punto le reclamaban las necesidades públicas.



CÓRTEES DE CASTILLA EN 1636.

Riera editor Barcelona, Robador, 24 y 26.